





HUELLAS  
DE LA INFANCIA



Clarisa Cano Pintor

HUELLAS  
DE LA INFANCIA



Primera edición: diciembre 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Clarisa Cano Pintor

ISBN: 978-84-18544-68-2

ISBN digital: 978-84-18544-69-9

Depósito legal: M-31240-2020

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A todas las madres e hijas que han sufrido falta de amor, por no ver que el amor es humano, por tanto, por grande que sea, nunca es perfecto.*





## Capítulo 1

Al nacer Jerónimo, una nueva vida empieza para mí con la esperanza de un mundo mejor. Es como si volviera a nacer, me siento dispuesta a empezar a descubrir todo lo que me queda por ver. Voy a atrapar la suerte que me llevará hasta la felicidad. Tengo la impresión extraña de que por fin seré dueña de mi vida. Me siento lo suficiente fuerte como para guiar el destino, haré caer todos los obstáculos que se alcen por mi camino, despejando así la ruta que se abre ante Jerónimo. La fatalidad será impotente frente a mi determinación. Ya no puedo dudar, me he convertido en poco tiempo, el tiempo de dar a luz, en la roca a la que Jerónimo podrá aferrarse para encontrar la estabilidad que yo no supe hallar. Le transmitiré toda la fuerza que no supe movilizar para mí. Estos pensamientos me dan vértigo, noto las palpitaciones de mi corazón haciendo eco en mis sienes como un tambor. Tengo que cerrar los ojos para hallar la serenidad. La presión de mi nuevo estatúo me hace perder el equilibrio. La cabeza me da vueltas como si estuviese subida en una noria de la que no puedo bajar. Quisiera gritar, deshacerme de la opre-

sión que me acongoja, pero las garras que me atrapan no me dejan escapar.

La matrona me ha puesto a Jerónimo encima de la barriga, el contacto con su piel me sosiega. Pegada contra su pequeño cuerpo, quiero comunicarle toda la fuerza que he ido acumulando para él. Lo beso dándole todo el amor que tengo ya por mi niño, aunque aún no lo conozca.

A penas llevo unas cuantas horas a solas con Jerónimo, Juan-Miguel ha ido a casa a coger la ropa que olvidamos con la precipitación. Tengo a mi bebé en los brazos y un sentimiento contradictorio me acoge sin poder remediarlo. Tengo la certidumbre de poder vencer todos los obstáculos que puedan presentarse, pero a la vez temo no ser la madre que he idealizado durante estos últimos nueve meses. La respiración calma de mi hijo me tranquiliza, parece apaciguarse en mis brazos. Me pongo a observar sus gestos, los rasgos de su carita y sus ademanes, en vano voy buscando los parecidos. Un rostro rosado, labios finitos, ojos pequeños y muy redondos, la nariz también pequeña, y la piel arrugada, ¿acaso no se parece a todos los otros bebés?

Tengo el tremendo miedo de haber dado a luz a un hijo feo, cuando yo lo soñé tan bonito. Entonces recuerdo las palabras que decía mi madre cuando hablaba de mí, y que yo era aún una niña: «esta es la más feíta de las tres, ¡la primera era tan bonita con sus ojos azules!». Siento mucho no ver a mi hijo como el más bonito de los bebés, como suelen hacer todas las ma-

dres, pero por mucho que lo intento, mi impresión no cambia.

Sentada encima de la cama, con mi hijo en brazos, contemplo la habitación amarillenta, a mi lado está la cuna de Jerónimo, usada por los numerosos niños que parece haber acogido. Al otro lado de mi cama hay una pequeña mesa con el ramo de rosas rojas que me ha traído Juan-Miguel para animar la desesperada habitación. Me siento tan desanimada como esta habitación, me cuesta mucho imaginar lo que de ahora en adelante será mi vida con mis nuevas responsabilidades. Una ola de pánico me envuelve y recuerdo lo que me decía mi madre desde que era niña, y siguió diciéndome hasta más mayor también: «¡Nunca cambiarás! o solo cambiarás cuando tú seas madre, entonces comprenderás y te acordarás». Pero acaso ¿entendió ella lo que era ser una niña? ¿Acaso ella lo fue un día?

Tengo la impresión de que mi madre me sigue como un duende, a cada paso, ve todos mis gestos, me vigila como cuando yo era pequeña. En estos momentos de incertidumbre, van saliendo todas las dudas de un pasado doloroso al que temo recordar. Más, tengo que mirar hacia delante y confiar en la llegada de días felices, intentar amansarlos antes de que por descuido escapen.

La comadrona entra en la habitación con una sonrisa en los labios, viene a iniciarme a mi papel de mamá. Mis manos tiemblan cuando me pide coger a mi hijo para cambiarlo y vestirlo. Sin dejar su sonrisa, me guía para mantenerlo seguro, una mano debajo de la cabeza y la

otra manteniendo su frágil cuerpo. Solo pesa tres kilos y cien gramos, no está muy relleno, temo hacerle daño, me siento muy torpe. Apoyada sobre la mesa, después de quitar las rosas para dejar más sitio, la comadrona con gestos suaves pero seguros me anima:

—¡Sabes que un bebé no es tan frágil como te lo parece, no temas, no se te va a romper solo por levantarle las piernas para pasar el pañal! Puedes apretar más el pañal, no tengas miedo, se manifestará si se siente incómodo. Vas a tener que aprender a comunicarte con él, tienes que estar atenta a sus gestos y a sus llantos para descifrar lo que quiere decirte. Los bebés tienen el instinto para encontrar cómo hacerse entender si sabes prestarle atención —sus palabras me animan y me ponen en confianza, me parece que no lo hago muy mal.

—Bueno, creo que ya he cogido todas las sutilidades que esconden el poner un pañal —le digo a la comadrona guiñándole el ojo.

—Me parece muy bien. ¡Ahora vamos con el pecho! No es siempre tan fácil como lo parece, a pesar de ser natural. Cógelo en los brazos y siéntate, tiene que notar que estás relajada —me dice la comadrona indicándome el sillón que está en la esquina de la habitación, para que me siente.

Cojo a Jerónimo en brazos y le acerco el seno derecho hinchado de leche. La piel de mis pechos se ha hecho transparente dejando ver las venas que corren por debajo.

—¡Nunca he tenido los pechos tan redondos y gordos!

Me parece que van a explotar como un globo —le digo sonriéndole, a la comadrona.

El niño se pone a chupar el pezón pero no consigue engancharse, se agita moviendo los pies y los brazos. Yo intento ayudarle pellizcando la punta del pecho para que salga la leche. Mis esfuerzos son vanos y él sigue agitándose. La gotita de leche que consigue chupar solo le sirve para aumentar su frustración al no poder engancharse mejor. De nuevo lo intenta en vano, el pezón sigue resbalando y el niño desalentado se inmoviliza un segundo para romper en llantos. Sus gritos estridentes me hacen perder el control de mis nervios, me entra un pánico que me desmorona y me pongo yo también a llorar. Soy incapaz de reaccionar, mis ojos lívidos e inyectados de sangre dejan caer lágrimas de cocodrilo por encima del niño. Mis esperanzas en una nueva vida quedan aniquiladas, en solo unos minutos. La comadrona que se había alejado de la habitación entra acelerada al oír los llantos. Yo no podía controlar mis gemidos. Al verme así se precipita para cogerme el niño de los brazos pensando que podía soltarlo, y me hace acostarme en la cama mientras me repongo.

—¡No te pongas así! Dice la comadrona acariciándome la cara. No es raro que un crío no consiga mamar a la primera. Vamos a darle un biberón para calmarlo, y mañana vuelves a intentarlo cuando te recuperes un poco.

Estoy cansadísima por el parto, el trabajo ha sido largo y difícil. El bebé gastó diez horas para llegar después de perder las aguas. La epidural no fue eficaz, sea que me la

hicieron tarde, o sea que no me pusieron bastante anestesia. He experimentado todos los dolores que Dios juzgó necesarios para que nazca en la mujer el sentimiento que los hijos son carne de nuestra carne. —Si no es Dios, no veo cual puede ser la razón de tanto sufrimiento—. El dolor me hizo desmallarme dos veces, la comadrona tuvo que llamar al ginecólogo para hacerme la cesárea, pero desperté a tiempo y pude sacar bastantes fuerzas, no sé de dónde, para dar a luz a mi hijo por vías naturales.

He dormido tres horas seguidas, los nervios me habían agotado. Cuando desperté Juan-Miguel estaba aquí, con su cámara de fotos en las manos, la sonrisa en los labios. No paraba de sacar fotos, cada detalle de la habitación era buen tema para una foto de arte, el ramo de flores que me regaló, la cuna de Jerónimo donde yacía el niño dormido con su pijama verde. A penas despertar me ametralla con su cámara de fotos, de frente, de perfil, por todos los ángulos, hasta sacarme de quicio.

—¡Para ya! ¡Debo estar horrorosa! —le grito alterada. Reprimo mi enojo, frustrada por mi incompetencia a ser madre, cuando tendría que ser tan natural.

—Bueno, no te pongas así. Solo quería grabar para siempre estos momentos, que seguro que son los más felices de nuestra vida —dice Juan-Miguel sin cesar de sonreírme como si tuviese la sonrisa pegada a los labios.

Él nunca se cabrea, y también sabe apaciguarme cuando me pongo muy nerviosa. Buscando su consuelo, le cuento mis intentos infructuosos para darle de mamar a Jerónimo.

—No te preocupes, la comadrona ya te lo ha dicho. Poco a poco irá acostumbrándose, mañana lo vuelves a intentar, verás cómo descansada te sale mejor. Bueno, y si no se engancha, le das biberón. ¡Tampoco pasa nada si lo crías dándole biberón! Seguro que por lo menos una mujer entre tres no da teta, y los bebés se portan igual de bien.

Con Juan-Miguel todo parece sencillo. Ahora no consigo entender el pánico que me dio. Ya estoy mucho más relajada, cojo a Jerónimo en brazos, ha despertado y empieza a refunfuñar. Me siento más segura, aprieto mi pecho acercándole el pezón para que chupe la gotita que consigo sacar. Al cabo de tres o cuatro intentos el crío se pone a mamar con avidez sin soltar el pecho. Durante unos segundos, se para como si le faltara el aliento, pero no tarda en volver a mamar. Es una experiencia mágica, unidos como uno solo, carne de mi carne. ¡Es mi hijo, y soy feliz! He soñado tanto con estos momentos que me parece mentira que sea realidad. Ha mamado más de media hora, un tiempo infinito en el que me pareció estar subida encima de una nube de algodón, sin atreverme a moverme por no molestarlo. Incluso olvidé a su padre, que se quedó aquí sin decir nada, observándonos, hechizado, ni siquiera intentó sacar una foto, por no romper el encanto, cosa muy difícil para él. Cuando me doy cuenta que Juan-Miguel me observa temeroso, le sonrío para tranquilizarlo poniéndole el niño entre los brazos. Creo que es el padre más feliz del mundo. Viste su ropa desgastada, de los días que no va a la oficina, un

pantalón vaquero agujereado con camiseta arrugada. Al cabo de algunos minutos en los brazos, Jerónimo eructa echando una bocanada de leche en el hombro de su padre, Juan-Miguel lo mira haciendo un mohín de asco, y le dice riendo: «he hecho bien con no cuidar mi vestimenta, sabía que te aliviarías encima de mí. ¡Para eso está el padre!».

Los tres días en el hospital han pasado muy rápido, no he tenido tiempo para recuperarme pero me han dado soltura para poder ocuparme de mi hijo. Las enfermeras me han animado mucho, y sobre todo me han permitido descansar, guardando a Jerónimo parte de la noche para que yo duerma un poco. Como no tengo bastante leche para alimentarlo exclusivamente con la teta, hemos completado el alimento con biberones que le daba, muy satisfecho, su papá.

Cuando entramos a casa, con la familia aumentada, noto que me invade una profunda ansiedad, intento seguir con confianza, la vida me parece tan bonita después de tantos años de angustia. He pasado casi cuarenta años añorando la niña que quise ser, sin jamás conseguirlo. He arrastrado toda mi vida ese peso, con la esperanza de vencer mi frustración, abrazando la vida como viene. El nacimiento de Jerónimo me ha resultado como una tormenta, haciendo tabla rasa de todo lo pasado, para dejar entrar una nueva vida fructuosa en esperanzas. Me propongo un reto, el de conseguir con mi hijo, todo lo que mi madre no supo hallar conmigo. A pesar de mi edad ya avanzada aunque siendo nueva madre, me siento



tan vulnerable como una chica de veinte años. Tengo la sensación de llevar encima de los hombros un peso que me aferra al suelo sin dejarme avanzar. La responsabilidad de ser madre y de tener que asumir las decisiones que ya no solo me afectan a mí, sino que también de ellas depende un ser vulnerable, todo eso me aterroriza. Hasta ahora había vivido sin compromisos ni obligaciones, me había librado de todas convenciones sociales sin ningún remordimiento. Lo único que me sosiega es saber que Juan-Miguel está aquí a mi lado, he pasado tanto tiempo sola, sin el apoyo de nadie. Mi madre nunca había sabido aliviar mis angustias, solo sabía hacerme reproches, por tanto preferí alejarme de ella unos años. Durante mucho tiempo he avanzado cojeando por la vida, ahora tengo la certidumbre de haber encontrado mi muleta, la que me da la energía de reaccionar e ir hacia delante. Ya no tengo las enfermeras para aconsejarme y ayudarme en mi tarea de madre pero estos tres días me han enseñado lo suficiente para afrontar lo que me espera. Los primeros días, Juan-Miguel estará conmigo en el piso, libra una semana por ser padre, y después vendrá mi madre un tiempo mientras me recupero del parto. Al conocer a mi marido, mis frustraciones de no ser la hija que mi madre había idealizado, se han ido disipando y he podido restaurar algunas relaciones con ella.

Mamá está encantada de ver al niño, ella que pensaba que yo no sería nunca capaz de formar una familia equilibrada, «normal» como ella imagina que son todas las familias, aunque la suya propia nunca haya sido así, por

supuesto. Bueno ya sé que le pido mucho, ella que no tiene costumbre de viajar, va a tener que atravesar casi 2000 kilómetros, primero en autobús, y luego en tren, con muchos cambios, seguro que llega rendida, pero necesito su ayuda. Hace tres meses que le pedí que viniera cuando naciera Jerónimo, al principio se entusiasmó muchísimo y me dijo enseguida que sí, pero en estas últimas semanas, cada vez que la llamo por teléfono me habla de la ansiedad que tiene al pensar que va a viajar tanto tiempo, nunca ha ido tan lejos.

Mis padres viven en España, en una aldea ubicada cerca de Guadix, para ellos venir a verme a Triel-sur-Seine, en la región parisina, es como cruzar medio mundo, mi padre no viene. Más que nunca, ahora sé que mi madre me es imprescindible, conozco mis límites y sé que de no tener apoyo mientras me recupero me hundiría en una depresión de la que me costaría mucho salir. También me debe ese esfuerzo, esta es la ocasión de redimirse por todo el afecto que no me dio de pequeña.

Con mi niño en brazos, subo a la habitación que hemos arreglado para Jerónimo, cuyo ambiente me llena de alegría. Hemos colocado en medio de la habitación, la cuna de barrotes, con un rodapié acolchonado, verde con ositos amarillos. Por encima cuelgan pajaritos de papel de todos los colores, que confeccioné durante el embarazo. Me siento flotar en una nube de algodón, como si estuviese borracha. Despacito coloco el niño en la cuna, y me dejo caer encima del colchón que hemos puesto provisoriamente al lado, para poder verlo y darle teta fácilmente

cuando lo pida. Al levantar la mirada, ensimismada, me doy cuenta que Juan-Miguel me está observando, se da cuenta de que algo me preocupa, él me sonríe intentando captar mi mirada. Viendo que no digo nada, me pregunta:

—¿Qué te pasa? Parece que algo te preocupa.

—No sé, temo que mi madre no venga, le tiene mucho miedo al viaje, es demasiado complicado para ella.

—Bueno, es que en realidad lo es. De Guadix hasta París, ¡es medio mundo para quien no acostumbra viajar!  
—dice Juan-Miguel, dejándose caer a mi lado.

—Sí ya, pero también lo hizo cuando Clarisa dio a luz.

—A lo que tengo entendido, creo que no vino sola en tren, sino en coche con sus consuegros, por lo menos parte del camino, ya no es igual —me dice besándome en los labios, antes de seguir—. Lo que le puedes proponer, es que lo haga en dos tiempos, aunque gaste más tiempo en venir. Primero que venga a Eyragues a casa de tu hermana Micaela, con su taxista, bueno con los coches que se dedican a eso, como de costumbre. Pasa unos días con ellos y descansa, antes de coger el tren en Aviñón para París, nosotros iremos a la estación para traerla aquí.

—Bueno es lo mismo, no lo había pensado porque en ese caso no estará aquí cuando tú empieces a trabajar.

—Tampoco será mucho tiempo, estarás tres o cuatro días sola, como máximo.

Después de reflexionarlo un poco, me convengo de que puede ser menos cansado de esa manera y se lo propongo a mi madre por teléfono, mientras Juan-Miguel va a hacer las compras. La idea le parece bien, percibo que

se va tranquilizando, a mí también me sosiega el saber que va a venir para secundarme un poco con Jerónimo, el tiempo que me reponga. En cuanto dejo el teléfono, noto el cansancio que me desploma, poco a poco los ojos se me cierran, me hundo entre las sábanas calientes. La respiración de Jerónimo va meciéndome como una nana y me transporta poco a poco a cuando yo tenía cinco años, estoy entre los brazos de mi madre. Huelo su olor a lavanda, le encanta perfumar la ropa con esencia de lavanda, dice que además del buen olor, sana la ropa. Entonces yo todavía podía meterme en la cama con ella, cuando mi padre se iba a trabajar. Me quedaba acurrucada contra ella, sin moverme mucho para que siguiera durmiendo, y así prolongar esos momentos junto a ella, le gustaba quedarse en la cama. Micaela y Clarisa se despertaban solas y se preparaban para ir a la escuela. Antes de irse, venían a despertarnos diciendo: «¡La meona está otra vez con su mamá!».

Había veces que todavía me hacía pipí en la cama, me despertaba a media noche bañada en mis orines, mamá tenía que cambiarme todas las sábanas para que siguiera durmiendo. Mis hermanas me llamaban «la meona» en cuanto nos enfadábamos, y eso me sentaba muy mal. Clarisa estaba muy resentida contra mí, hasta los cinco años había sido ella la niña pequeña de la familia y tuve que llegar yo para arrebatarle el trono. Ella adoraba nuestra madre, nunca se acostaba sin darle un beso antes de dormir, cuya costumbre no venía en absoluto de nuestra familia, pues nadie besaba en casa. A mí, desde pequeña no me

gustaban los besos y muy pronto corté con el beso de antes de dormir, solo era la costumbre de Clarisa, tampoco mi madre le correspondía demasiado, por mucho esmero que ella pusiera en ello. Por lo tanto, yo no era la hermana querida de Clarisa. En cambio, Micaela me trataba con mucho cariño y se aferraba a su papel de hermana mayor con mucha responsabilidad, aunque solo tuviese un año más que Clarisa. Micaela era mi segunda mamá y Clarisa se había convertido en una rival.

Me despierto con imágenes en la mente, sin saber si estoy soñando o recordando. Sigo con la cabeza abrumada, con imágenes de mi infancia que siguen brotando en mi mente.

Micaela ha preparado el desayuno para mamá y para mí, está lista para irse a la escuela con Clarisa. Mamá se levanta apresurada, siempre sale tarde, le cuesta mucho levantarse por la mañana, salimos corriendo y me deja de paso en la guardería. No me gusta ir a la escuela, me aburro y no tengo amigas, me paso el día esperando que Micaela venga a por mí. Ella se ocupa de mí desde siempre, cuando tenía apenas siete años me daba el biberón, me cambiaba los pañales y me guardaba cuando no tenía escuela y mamá se iba a hacer unas horas de limpieza. Mi madre no perdió mucho de trabajar, primero me llevaba con ella para echar unas horas de limpieza, y luego en cuanto podía dejarme con mis hermanas, nos dejaba en la casa para no perder su trabajo. Micaela no pasó mucho tiempo jugando, en cuanto llegaba de la escuela había algo que hacer en casa, o me tenía que guardar porque

mi madre estaba liada o tenía que ir a comprar algo para mí. Ella cumplía con su papel con mucho esmero, todos la consideraban muy responsable desde pequeña. Creo que nació ya mayor, no la recuerdo con juegos de niña, al contrario de Clarisa con la que aún llegamos a tener juegos en común.

Abro los ojos, aturdida, para verificar que Jerónimo acostado a mi lado sigue durmiendo. Tranquilizada, vuelvo a sumergirme en mis sueños.

Es por la tarde, llevo tiempo esperando que Micaela venga a por mí a la escuela, el día se me ha hecho muy largo. Mi hermana lleva su cartera en una mano y me da la otra mano para cruzar la carretera. Muy concienzuda, mira hacia cada lado y como una pequeña mamá me dice: «Ven Nuria, tenemos que ir a comprar para la cena».

Mi madre siempre estaba agobiada y se descargaba mucho en Micaela, incluso con las tareas que no eran propias para su edad, lo que sin duda aumentaba el sentimiento de responsabilidad y aceleraba su madurez de espíritu.

Recuerdo mi mano pequeña apretando con fuerza su mano a penas más grande que la mía, tirándome por una gran avenida cuyos coches pasaban a toda velocidad, casi rozándonos la ropa. El ruido de la carretera me asustaba e iba apretándole la mano cada vez más fuerte. El camino me parecía larguísimo, quería taparme los oídos para no oír el ruido de la carretera pero no podía soltar la mano de Micaela. Cuando por fin llegamos a la tienda, Micaela me soltó la mano enrojecida por la presión, y

pidió una barra de pan y sesos de cordero para mí. Lo recuerdo muy bien, pues los sesos eran para mí un manjar delicioso, me gustaba su textura suave, pero en ese momento, temblorosa por el agobio de la carretera, no entendí que eso mereciera la pena.

Volvemos a casa con los brazos cargados, Micaela me da la mano con la bolsa de los sesos, yo cojo el pan con la otra mano y ella su cartera. Caminamos por una acera estrecha, con prisa, evitando que nos rocen los coches. Voy mirando hacia delante, casi corriendo por llegar cuanto antes, cuando los gritos de Micaela se mezclan al ruido de los coches, me tira del brazo y me pongo a correr detrás de ella, aterrorizada. No quiere soltar su cartera que va tirándole un motociclista, ella sigue detrás de él corriendo por la carretera, agarrada a su cartera y yo llorando termino por soltarle la mano. El motociclista deja de golpe la cartera, y se echa a reír al ver cómo cae al suelo mi hermana. Micaela se limpia rápidamente las rodillas ensangrentadas, y recogiendo sus cosas me vuelve a dar una mano temblorosa, diciéndome con lágrimas en la voz:

—No le digas nada a mamá, sino nunca más me hará confianza.

Con su mano temblorosa, saca un pañuelo arrugado y medio sucio y me seca las lágrimas con ternura, añadiendo con una sonrisa:

—¡Tienes lágrimas de cocodrilo! No te preocupes, solo era un imbécil que ha querido asustarnos —su voz ya había recobrado la confianza de una persona mayor.

Me hizo tranquilizarme y me tragué las lágrimas para demostrarle que yo tampoco tenía ya miedo.

Seguimos nuestro camino, nadie parece fijarse en nosotras, los transeúntes no se extrañan al vernos solas, dos niñas pequeñas con este tránsito. Estoy en mi sueño como un espectador, observo la escena desde mi cuerpo de mayor y en la piel de una madre, y no consigo entender cómo se pueden dejar solas dos niñas tan pequeñas, Micaela apenas tiene doce años. ¿Acaso las circunstancias, la precariedad, podían justificar que se dejen solas dos niñas con responsabilidades mucho más grandes de lo que se debe? No sé, es una pregunta que me obsesiona, pero sigo sin poder aportar respuesta alguna.

Llegamos a casa, Clarisa ya está con sus deberes. Tiene los libros y los cuadernos abiertos encima de la mesa de la cocina y ella sigue concentrada con su tarea, apenas levanta la cabeza cuando abrimos la puerta al entrar a casa. Micaela pone la tele como de costumbre, Clarisa sigue ensimismada sin despegar los ojos de sus cuadernos, yo me quedo un rato observándola, me fascina su capacidad de concentración. Luego levanta la mirada, le sonrío esperando que me proponga jugar, —le encanta cuando jugamos a la escuela, yo soy la alumna, y ella la maestra—, pero me mira sin verme, sigue abstraída en su trabajo a pesar del ruido que nos rodea. Dudo en llamarla para jugar pero temo que se enfade por molestarla. Muchas veces nos peleábamos pero siempre iba a buscarla para jugar. Cuando no jugábamos a la maestra, nos inventábamos historias para jugar con las muñecas,



casi siempre terminábamos riñéndonos y yo siempre terminaba llorando, por tanto mis hermanas también me cualificaban de «llorona» cuando no era «meona». Clarisa no me dejaba pasar nada a pesar de la diferencia de edad, ella me trataba de igual a igual, aunque no lo éramos, sin ninguna compasión. Al contrario, Micaela me protegía y nunca se peleaba conmigo.

Siempre pensé que no es bueno ser tres hermanas en una familia, siempre queda una fuera del grupo, y en este caso era yo quien siempre quedaba fuera. Pues ellas eran más cómplices al tener casi la misma edad. Yo no conseguía encontrar mi sitio entre ellas dos por mucho que me lo propusiera.

Cuando llega mamá del trabajo, estoy llorando porque como siempre, los juegos con Clarisa acaban así, ella nunca cede a mis caprichos. Mi madre, cansada de limpiar todo el día para los demás, en casa se descarga con mis hermanas y pierde la paciencia conmigo.

—¡Para de llorar, que siempre estás llorando! — me grita mi madre—. ¡Deberías tomar ejemplo en tus hermanas en lugar de refunfuñar sin parar, que ya empiezas a ser bastante grande, también podrías ayudar en la casa!

Sus palabras solo sirven para aumentar la saña que va creciendo en mí. Noto cómo Clarisa se burla de mí y empezamos una discusión virulenta, no quiere ceder nunca, yo me cabreo y me engancho a su pelo arrancándole mechones enteros, esperando que ceda. Entonces los ojos se le llenan de sangre y una ira incontrolable la invade,

dándome un bofetón que me deja paralizada. Siempre termina abusando de sus fuerzas puesto que es mayor que yo. Creo que nunca se lo perdonaré.

Agotada y humillada por haberse salido con la suya una vez más, me froto la mejilla con rabia hasta que se pone escarlata y voy a enseñarle a mi madre la marca del bofetón que me ha dado mi hermana. Mamá está cocinando y no me hace caso, dice que la agobio con tantas quejas.

—¡Tus hermanas nunca fueron así, no sé a quién le pareces con ese carácter! —me dice enfadada, cuando de repente al ver mi mejilla magullada, vuelve su ira contra Clarisa, diciéndole—. ¿Has visto lo que le has hecho a tu hermana? ¿Es que no ves que es mucho más pequeña que tú? ¡No tienes conocimiento, no quiero que vuelvas a tocarla!

Ahora es ella la que no me lo perdonará nunca.

Me invade una angustia y una profunda tristeza al recordar la niña que fui, le tengo mucha lástima. Quisiera darle la mano para aliviar su dolor, encontrar las palabras tiernas que mi madre no supo decirme nunca. Siempre me pregunté si había nacido gruñona o si me fui volviendo así conforme se iba quejando mi madre, por no contrariarla y ser fiel a la imagen que ella me reflejaba.

Me despierto un poco aturdida, miro alrededor de mí, Jerónimo duerme a mi lado en su cuna. Le echo un vistazo al despertador para averiguar la hora, apenas hace media hora que estoy durmiendo, me parece que hace

una eternidad. Sosegada, cierro los ojos y los recuerdos me invaden de nuevo.

Tengo siete u ocho años, estamos en España, la familia se reúne durante un mes, como cada año para Navidad. Por esas fechas las noches tienen un ambiente festivo, algunos van pasando por las calles con sus guitarras y sus tamboretas, cantando villancicos. Otros salen para animar los grupos, y así se va estirando la noche, a veces hasta el amanecer. Así van animándose las noches hasta culminar en Noche Buena, celebrando el nacimiento de Jesús. En las casas se oye el ruido de las ollas y sartenes que se aferran a cocinar los manjares para las fiestas. No queda hogar donde no se oiga el bullicio de los preparativos navideños.

El pueblecito de mis padres es una tierra de emigrantes. La mayoría se iban a echar temporadas a Alemania o a Francia en los años 60, para de vuelta, poder llevar una vida decente. Durante un tiempo solo quedan en el pueblo, los jubilados y los niños que se quedan con los abuelos. Todos esperan con ansiedad la llegada de Navidad para reunir la familia, entonces el pueblo rejuvenece por mitad.

Estamos en casa de mis abuelos maternos, mis tías y mi madre le ayudan a mi abuela a preparar la comida de Navidad. La casa está en bullicio, mi tía Dolores prepara las natillas con su galleta empapada de almíbar con coñac, mi madre hace el arroz con leche con mucha canela y limón como me gusta a mí. Son los postres que acompañan nuestras comidas de fiesta, después está la

bandeja con los dulces de Navidad cuya elaboración se hace al principio de las fiestas, en cantidad suficiente para que sobren para llevarse a Francia. Los *bilbaos* los hizo mi abuela, con su almendra de los pocos almendros que tiene, antes de que viniéramos. Son mis favoritos, sus papeles de color destacan en la mesa y la alegran. Me gusta como cruje la almendra con el azúcar entre los dientes, su color a chocolate y su leve sabor de bergamoto. Los mantecados y los pastelillos con cabello de ángel también los hizo mi abuela antes de que viniéramos a España. Sabe que nos encantan sus dulces y le gusta vernos entusiasmados delante de la bandeja abarrotada.

Recuerdo todos esos sabores dulces que había en las casas, cuando íbamos a visitar a un familiar, como se solía hacer cuando llegábamos de Francia. Sea la hora que fuese, nos recibían con dulces y una copa de anís o de coñac, para los mayores, claro está. Mi madre me dejaba humedecer los labios con el anís, y luego el dulce tomaba el sabor de ese alcohol dulce. Esa convivialidad contribuía al ambiente que alegraba las casas y desbordaba por las calles animando todos los corazones. Me encantaba esa forma de vivir tan diferente a la de Francia. Adoraba ese mes de vacaciones, de gran libertad, donde nos lo permitían todo, o casi todo. Podía quedarme jugando en las calles con mis primas y las vecinas hasta el anochecer. La calle era nuestro refugio, solo entrábamos a casa para comer y dormir. No había riñas respecto a nuestras salidas, pues la calle era segura, con poco tráfico y aún no se conocía la delincuencia,

fuera de alguna gallina robada una noche por juego de adolescentes. Muchas veces añoro aquella sensación de libertad que volvíamos a encontrar cada Navidad. La vida que llevábamos en Francia, era tan opuesta a lo que vivíamos allí, que no parecía real.

Recuerdo unos preparativos para Navidad, la elaboración de la paella es un ritual, mi abuela está desollando el conejo que estuve acariciando la víspera en el patio, prepara la carne que ha criado especialmente para estas ocasiones, y mi madre termina cociendo el arroz con lo que se ha frito en la paella. Los demás nos alistamos para comer, pues para mí no hay ninguna correlación entre el conejo que acaricié anoche y la carne que hay hoy en mi plato, que por cierto está buenísima. No entiendo por qué mi abuela come arroz sin carne, diciendo que ha cuidado de sus conejos durante todo el año, incluso le curó un esguince a un conejo con una tablilla en la pata. Me fascina el esmero que pone mi abuela en todo lo que hace, es meticulosa y apasionada.

Mi abuelo pasa el día sentado delante de su puerta, en su silla de asiento de esparto, silbando aires que no conozco. Tiene la mirada perdida en el cielo sin nubes, cuyo color parece reflejarse en sus ojos. Tiende la oreja para escuchar el paso de un transeúnte que se acerca, siguiendo contemplando al cielo.

—Hola, ¿Qué tal, Pablo? —dice.

—¡Bien! ¡Vaya, otra vez me has conocido Juan! Me parece increíble —dice Pablo poniendo su mano en la de mi abuelo, apoyada en su bastón.

—Ya sabes que al no ver, el oído se aguda, dice mi abuelo orgulloso.

—Voy a tener que vendarme los ojos un tiempo para desarrollar el oído —ironiza Pablo—. ¡Que yo ni siquiera soy capaz de conocer la voz de mis hijos! ¡Tú, como siempre, cantando! —sigue diciendo cariñoso.

—Bueno, en la vida hay que tomar lo bueno y dejar lo malo. Hoy es un día con sol y tenemos a la familia. Dice mi abuelo alegre, oyéndome llegar decidida a subirme en sus rodillas para que me cuente una historia.

El hombre se va diciendo adiós y yo espero impaciente que empiece su cuento. La calle hace parte de la casa, es el cordón umbilical que nos une los unos con los otros, en este pueblecito donde nos conocemos todos.

Mamá piensa que soy un poco grande para seguir subiéndome en las rodillas de mi abuelo, pero desde pequeña, en Navidad es mi privilegio por ser la nieta más pequeña. Sentándome pues, en sus rodillas, lo miro fijo a los ojos para que me mire, y le digo:

—Abuelo, cuéntame un cuento de los que tú sabes, esos que dan miedo.

Pone sus manos encima de mi cabeza, va palpando mi pelo, mis ojos, mi nariz y baja hasta mi boca, como verificando que todo sigue en su sitio, antes de exclamar:

—¡Otra vez has cambiado, seguro que también has crecido mucho desde la última Navidad, deja que te mida! —dice, haciéndome bajar de sus rodillas con la mano encima de mi cabeza, averiguando mi altura.

—¡Pronto mi mano no alcanzará tu cabeza! ¡Cuánto has crecido en un año! Me cuesta un poco conocerte, pero aunque estés más grande, tus rasgos no cambian.

—Sabes que soy Nuria —le digo volviendo a sentarme en sus rodillas.

Entonces empieza con entusiasmo a contarme una historia, dando mil rodeos para aumentar la intriga. Yo le escucho embelesada e impaciente por saber el final. Me encanta su manera de contar, sabe poner en aliento y luego apaciguar con sus historias.

Sentado en su silla delante de su puerta, siempre está dispuesto para cualquiera que necesite un consejo, una opinión. Se alegra cuando puede dar su parecer, pues es la mejor oportunidad para romper su monotonía. Mi abuela siempre lo llama para contar cualquier cosa, es una calculadora sin pilas. Con su ceguera ha desarrollado una facultad increíble en el cálculo mental, las cuentas del banco o del mercado las hace él, mientras mi abuela toma notas verificando que nunca se equivoca.

Recuerdo a mi abuelo disfrutando de todos los olores, tanto de un limonero en flor como de una comida, escuchando el canto de un pájaro, o el aleteo de una mosca. Los colores los lleva en su mente, mezcla de su imaginación con recuerdos del tiempo en el que aún veía. Emana de él una paciencia y una serenidad que mis padres no tienen y pocos mayores parecen gozar de esas cualidades. Es todo lo opuesto de lo que cuenta mi madre, cuando habla de su padre en su niñez. Un padre muy severo respecto a sus hijos, la miseria de la época agudizaba su

carácter agriado por los malos pasos de la vida. Para mí, el padre que describe mi madre no puede ser mi abuelo, ese hombre cariñoso, afectivo y alegre que yo conozco.

La mesa está lista, nos llaman para comer, le doy su bastón a rayas blancas y rojas, y lo sigo entrando su silla a la cocina. Toda la familia está reunida, grandes y pequeños, todos alrededor de la mesa, nos agitamos. Los mayores hablan fuerte, excitados por la ilusión de estar todos juntos para estos días de Navidad. Mis primas empiezan a alzar la voz al hablarme, para superar el ruido de los cubiertos y las conversaciones, a mí me cuesta más trabajo conseguir que me oigan. Cada uno intenta lanzar su frase, entrecortada por las conversaciones cruzadas, hasta llegar a un nivel de decibeles, mayor de lo que pueden soportar nuestras orejas sin ser dañadas.

Esto hace parte de la exuberancia de los españoles, aprenden desde pequeños a defender sus ideas en medio de un ruido estruendoso. Yo nunca conseguí desarrollar esa facultad, quizá por falta de práctica. A través de ese alboroto de palabras, oigo la voz de mi madre:

—...sí, ya son mozas. Micaela es una mujer, siempre hizo mayor de su edad, aunque solo tenga diecisiete años, es muy concienzuda. También es muy guapa, ya tiene novio. Clarisa le sigue de cerca, también es bonita aunque diferente. Nuria es la más feíta, aún es joven claro, solo es una niña. Pero tiene los ojos pequeñitos, los labios muy finos como los tenía mi suegra, y es tan blanca como era ella también.

Sin parpadear sigo escuchando la conversación de mi madre sin prestar atención a lo que dicen mis primas, ella sigue:



—Bueno Nuria es la más feíta y es también la que peor carácter tiene, siempre está quejándose.

Escucho cada palabra de la discusión que tiene mi madre delante de mí, sin reparar un instante en mi presencia, como si dijera una verdad tan trivial que de nada sirve callarla, siendo tan visible como la nariz en medio de la cara. No es la primera vez que tiene ese discurso, pero en este día de Navidad, me sienta como si me clavaran un puñal en el pecho, cuyo golpe lo porta mi propia madre. Me trago mi rabia sin decir palabra alguna, atizando la ira que va creciendo en mi estómago. Sin embargo, nadie parece notar mi alteración.

Mi madre siempre es así, le gusta tanto hablar que dice lo que piensa sin ninguna clase de filtro y sin preocuparse del daño que pueda hacer. Siempre ha fingido ignorar el impacto psicológico que pueden tener las palabras, mayormente en la infancia o en la adolescencia. Años más tarde, mi hermana Clarisa le reprochará esas palabras, atribuyéndoles mi mal carácter, pero aun así, mi madre se defiende irguiendo que ella también había oído a su madre decir lo mismo respecto a ella, pero nunca se lo había tomado mal. Decía que ella también era la menor de su casa y siempre había sido la más fea de todas las hijas, la historia se repite. Sin embargo nunca le tuvo ninguna aversión a su madre, porque dijera lo que pensaba ser verdad. No sé si era sincera, o solo era su manera de justificarse, pero creo que eso nunca lo sabré. No obstante, siempre llevo en la mente su frase incisiva: «Nuria es la más fea de las tres, aunque no se puede decir que sea fea».

Sabía que no fui deseada, mi madre siempre decía con mucha naturalidad que fui un accidente. Aprendí a vivir sintiéndome una intrusa, y mi carácter se fue forjando con ese sentimiento.

El acongojo y la ansiedad que me proporcionan los recuerdos terminó por despertarme. Abriendo los ojos, veo Juan-Miguel observándome con una sonrisa en los labios.

—Estabas muy nerviosa, ¿qué estabas soñando? Dice agachándose para tumbarse a mi lado en el colchón.

—Me parece que he visto pasar toda mi niñez, mis frustraciones, las veces que mi madre metió la pata por descuido o a propósito. Digo enfadada.

—No digas eso, ninguna madre le hace daño a sus hijos a propósito. Eran otros tiempos, con una cultura diferente a la que conoces ahora aquí en Francia. Dice intentando apaciguarme.

Cojo a Jerónimo en los brazos, acaba de despertar, lo beso diciéndole que lo quiero mucho. Tengo tanto cariño para darle, más lo noto tan frágil, tan vulnerable que lo abrazo fuerte en mi regazo para protegerlo y mostrarle mi amor.

La siesta parece haberme venido bien, me siento más segura, le cambio los pañales a Jerónimo y se pone a mamar sin regatear. Juan-Miguel le da un complemento con el biberón como lo recomendó la comadrona, ya ha adquirido más destreza que yo para el biberón, incluso para cambiarlo se le da mejor que a mí. Él no se atormenta con preguntas existencialistas, al contrario

que yo, que para cualquier cosa me cuestiono el cómo y por qué.

En estos momentos tan cansados me cuesta sacar a flote mi instinto materno, pero las enfermeras me han dado algunas bases para organizarme con el bebé. Mi marido ha tomado sus días de baja por paternidad, mientras viene mi madre para ayudarme un tiempo. Poco a poco vamos acostumbrándonos a las nuevas tareas relacionadas con el bebé, como preparar los biberones y meterlos en la nevera para no perder tiempo cuando se despierta llorando. Cuando despierta por primera vez en la noche, Juan-Miguel se levanta y le da un biberón mientras yo sigo durmiendo. Cuando oímos llorar por segunda vez en la noche soy yo quien se levanta para darle el pecho. Fue la matrona que nos asesoró quien tuvo la idea de esta organización para que yo pueda recuperarme, porque necesito dormir mucho para no caer en depresión.

Llevamos ya cinco días en casa, y a pesar de la ayuda de Juan-Miguel, estoy hecha polvo, no consigo recuperar. Las noches están entrecortadas con los llantos de Jerónimo, yo no consigo sosegarme para seguir durmiendo. Mi marido empieza a trabajar dentro de dos días, y mi madre llega mañana, tendré un día entero para dormir tranquila. ¡Ya no puedo más!